

Horacio Verbitsky

1 El Silencio

De Paulo VI a Bergoglio.
Las relaciones secretas
de la Iglesia con la ESMA

Verbitsky, Horacio

El silencio - 1a ed. - Buenos Aires : La Página, 2006.
256 p. ; 19x13 cm.

ISBN 987-503-424-X

1. Investigación Periodística . I. Título
CDD 070.44

Fecha de catalogación: 6/7/06

© 2006, Editorial La Página S.A.
Editorial Sudamericana

ISBN-10: 987-503-424-X

ISBN-13: 978-987-503-424-2

Todos los derechos reservados

Traslado era una palabra temida, que todos querían expulsar de sus pensamientos.

Faltaban tres semanas para que terminara el invierno. Las noches todavía eran frías pero durante las horas de sol se presentía la tibieza inminente, como un buen auspicio después de tantos meses duros. Les habían dicho que la ausencia duraría hasta fin de mes. Algunos habían avisado a sus familiares que por varias semanas no podrían llamar por teléfono ni visitarlos. Nunca antes habían salido en grupo y la novedad era inquietante, aunque no lo dijeran. En el altillo y el sótano del casino de oficiales que dejaban atrás habían tenido tiempo de intimar. El vínculo era reciente pero intenso, cimentado por la experiencia límite que habían compartido, cuya conclusión era incierta.

Esta vez no hubo llamados individuales para seleccionar quiénes partirían ni los pusieron en fila en el pasillo blanco embaldosado que llevaba a la enfermería donde se aplicaban las vacunas. Cuando el último de ellos abordara el ómnibus, el casino de oficiales quedaría vacío, de modo que pudieran terminarse las refacciones tendientes a confundir a los miembros de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, que llegarían con planos precarios pero precisos. El baño sería rehecho por completo y cambiarían la pileta en la que lavaban los platos. Se colocaría una mesada de mármol, bachas de acero inoxidable y un

espejo de pared a pared, que le daría al lugar un aspecto menos lúgubre. Las habitaciones debían parecer oficinas. Se retirarían tabiques y argollas empotradas en el piso. Se cerraría la escalera que conectaba el sótano con el altillo.

El vehículo tomó por la avenida paralela al río y se dirigió hacia el norte. Con sus ropas informales y sus bolsos deportivos podían parecer despreocupados, como tantos grupos de hombres y mujeres jóvenes en plan de excursión. La práctica del engaño y el enmascaramiento no les era desconocida. Uno de los pocos que tenía más de cuarenta años era alto, flaco y encorvado como un galgo y usaba anteojos de mucho aumento. Los demás pasaban por una estudiantina primaveral.

No deben haber demorado más de media hora en llegar al apostadero. Los guardias habrán identificado el vehículo antes de franquearles el paso. Otros llegaron al mismo lugar en varios autos, con tabiques en los ojos.

El lanchón de Prefectura que abordaron era de madera, como las embarcaciones que hacen el servicio de pasajeros entre las islas, pero le habían sacado los asientos. Viajaban tirados en el piso, entre bolsos, cajones con mercadería, aparatos de radio y armas.¹ La lancha tomó por el río Tuyú-Paré en dirección al Chañá-Miní. Esos nombres que recién conocerían más adelante no les hubieran dicho gran cosa. Algunos creen que el viaje duró más de media hora, los más precisos lo recuerdan de una hora y media. La monotonía del agua densa y marrón era mitigada por el transcurrir de las viviendas con nombres imprevistos, que la marcha lenta permitía descifrar pese

¹ Carlos Gregorio Lorkipanidse, entrevista con el autor, en Buenos Aires, el 9 de setiembre de 2004.

al estado ruinoso de los letreros, con la pintura comida por la humedad y el tiempo. La burguesía liberal del siglo XIX llamó Tigre a esos parajes, en tributo al Tigris mesopotámico. Sólo los pobladores de esas islas saben distinguir cada uno de los 350 ríos, arroyos y canales en que se subdividen. Hace un siglo y medio Domingo Faustino Sarmiento llamó a la forma de las islas "la más caprichosa e indescriptible", en la que "la superficie es una ilusión, no es tierra toda la que parece ni puede saberse de antemano lo que existe útil".²

El muelle de madera en el que atracaron no tenía ninguna particularidad. Tampoco la casa, hacia la que caminaron unos metros por las tablas gastadas del piso y el sendero que se internaba en la tierra húmeda entre la vegetación reverdecida.

La construcción tenía unos ochenta años. Nada la diferenciaba de las típicas casas del delta del Paraná, con techo de chapa a dos aguas por las lluvias frecuentes, pisos, paredes y tabiques de madera, todo asentado sobre pilotes que elevan las habitaciones para protegerlas de las inexorables crecientes. Los ocho amplios ambientes cubrían algo menos de doscientos metros cuadrados. En una de las habitaciones instalaron la radio. Tenían un generador eléctrico y suficientes herramientas. Un termotanque a gas abastecía los baños y la cocina y cuatro tanques suministraban agua potable.

Una plantación de álamos, otra de sauces y una de formio ocupaban la reducida porción del terreno cultiva-

² Debate en el Senado de Buenos Aires el 5 de octubre de 1858. En Domingo Faustino Sarmiento: *Obras completas*, Edición de la Universidad Nacional de la Matanza, 2001. Tomo XVIII, p. 188.

da. Era preciso limpiar el resto. Los arbustos espinosos crecían a su gusto e impedían internarse a más de quinientos metros del río.³

Otro grupo, menos numeroso, hizo el mismo itinerario con el frío de la madrugada. Tenían miedo en vez de excitación. Algunos fueron conducidos, esposados y con el rostro cubierto, en una camioneta carrozada, con varias cuchetas, cuyo interior no era visible desde afuera. Otros, en un camión cubierto con una gruesa lona verde. Cuando arribaron a un descampado junto al río se oían ladrar perros y ruido de armas. Los subieron a una lancha descubierta y los ocultaron con una lona. Ante cualquier movimiento llovían los palos sobre sus cabezas.

Fueron encerrados en la segunda edificación, más pequeña y rústica que la anterior. Sus paredes externas eran de chapa y la parte de abajo, delimitada por los pilotes, había sido cerrada con mampostería para albergarlos. Cada noche llevaban a uno o dos a bañarse a la casa más grande, por oscuros senderos de tierra que alumbraban con linternas. Pese a la dureza de las condiciones celebraron que los dejaran a solas en aquel recinto insalubre en el que los guardias no querían permanecer. Por primera vez pudieron hablar sin restricciones. Así descubrieron que faltaba uno de ellos. Le decían *El Topo*, pero nadie supo su nombre.

La última en llegar fue *La Vieja*. La llamaban así por-

³ Según Sarmiento, el costo de desmalezar y preparar esas tierras superaba el de la producción posible en la época: "El área de terreno no se puede medir, no hay tales terrenos en las islas. En una extensión de una legua, y esto es muy singular, puede haber una o dos cuadradas: lo demás no es tierra, es fango que vienen depositando las crecientes". Ibid, p. 100.

que tenía cincuenta y dos años. A diferencia de los demás, la traían sola. Al llegar a la isla pudo ver el cartel de madera que decía "El silencio". Allí pasaron un mes los últimos secuestrados y secuestradas que en setiembre de 1979 le quedaban al grupo de tareas de la Escuela de Mecánica de la Armada.